

VERGÜENZA PROMETEICA Y OVEJAS ELÉCTRICAS: UN DIÁLOGO ANTROPOLÓGICO ENTRE GÜNTHER ANDERS Y PHILIP K. DICK

VIRGINIA BALLESTEROS¹

Resumen: En las siguientes líneas pretendemos llevar a cabo un ejercicio de lo que podría denominarse *filosofía-ficción*. Nuestra propuesta consiste en leer *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* como una respuesta a la filosofía de Günther Anders. Más concretamente, como una respuesta articulada en un futuro distópico, cuyo eje central sería la concepción que el hombre tiene de sí mismo frente a la máquina. Esta respuesta, pues, giraría en torno al concepto andersiano de *ser nacido* frente al ser producido, de los artefactos y, por supuesto, de los androides. Este ejercicio, como defenderemos, nos permitirá arrojar nueva luz a la obra de Dick, poniendo el énfasis en estos aspectos que consideramos fundamentales.

Abstract: In the next lines we develop an exercise of what might be called *philosophy fiction*. Our proposal here is to read *Do androids dream of electric sheep?* as an answer to Günther Anders's philosophy. More precisely, as an answer articulated in a dystopian future, whose central axis would be man's self-concept when faced with the machine. This answer, thus, would be constructed towards the andersian concept of *being born* – i.e., *being born* as a human – in opposition to *being produced* – i.e., *being produced* as an artifact or and android. This exercise, as we will defend, will allow us to cast new light into Dick's work, emphasizing these aspects, which we consider fundamental.

Palabras clave: antropología, vergüenza prometeica, cosmovisión.

Keywords: anthropology, promethean shame, cosmivision.

Hagamos un ejercicio de filosofía-ficción: leamos *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* como una respuesta al pensamiento de Günther Anders. Los conceptos andersianos de *ser nacido* y *ser producido* nos servirán de hilo conductor, en tanto que atraviesan la obra de Dick de principio a fin; si bien con ciertas particularidades que cabe mencionar. Para desarrollar este ejercicio también traeremos a colación el concepto de vergüenza prometeica andersiano, del cual podría decirse que es el modo en que el hombre se ve, se siente a sí mismo, en relación con la máquina; y lo compararemos con la visión antropológica que subyace en

¹ Virginia Ballesteros es Licenciada en Filosofía y Máster en Pensamiento Filosófico Contemporáneo por la Universidad de Valencia. Actualmente está cursando sus estudios de Doctorado en dicha universidad, enfocando su investigación hacia el pensamiento de Günther Anders.

la obra mencionada de Dick, donde se introduce un elemento clave para pensar la cuestión: el mercerismo, la religión que Dick inventa en su libro y que integra como aspecto fundamental del culto el amor y el cuidado hacia los animales. Nuestra propuesta es la siguiente: imaginemos que Günther Anders ha acertado en algunas de sus profecías cuasi apocalípticas e instalémonos desde ahí en el mundo que Dick crea. ¿Qué podemos comprender sobre el hombre en este ejercicio imaginario?

1. EL MUNDO EN QUE NOS ENCONTRAMOS. En la década de los 50 y en las posteriores, Anders se muestra muy preocupado —y con razón— por la ceguera moral que el hombre tiene respecto de los artefactos y técnicas que está desarrollando a gran velocidad. La amenaza de la bomba es algo permanente para la humanidad desde entonces, y así se refleja en la obra de Anders. Tanto es así que el sujeto moral andersiano ya poco tiene que ver con el sujeto moral tradicional: el hombre, en tanto que ahora posee el poder de autoaniquilación, no puede seguir siendo pensado de la misma manera. Con el desarrollo de la bomba, la humanidad ha realizado un salto cualitativo y no meramente cuantitativo respecto a la producción: ya no sólo hemos de preocuparnos de *cómo* sean las cosas, sino de que las cosas sean. La famosa cuestión metafísica que se pregunta *por qué el ser y no más bien la nada* puede ser leída ahora en términos morales: por qué el ser humano debe elegir la existencia del mundo y no la nada. Estamos ante la posibilidad real de que se dé la nada, de que acabemos con el planeta Tierra. Esto abre una nueva significación del nihilismo: éste ya no es sólo una posición filosófica, teórica, sino que ahora aparece en el mundo, en este sentido, como una posibilidad real. Se podría decir, pues, que Anders lucha contra el nihilismo en tanto que pretende hacernos despertar de la ceguera moral que en última instancia podría llevarnos a la materialización de la nada.

Esta preocupación nos sirve para enlazar con el escenario que Dick presenta en su novela: en ella, nos encontramos con un mundo que ha sufrido una gran guerra nuclear y ha quedado cubierto de polvo radiactivo. Esto ha llevado a la extinción a un gran número de animales, así como al exilio de millones de seres humanos a otros planetas que ofrecen condiciones de habitabilidad mucho más favorables que la Tierra. Aquellos que deciden quedarse en la Tierra se exponen al polvo radiactivo constantemente y han de tomar medidas para protegerse y no mutar. De hecho, muchos seres humanos se han visto afectados por estas partículas y sus facultades mentales han quedado considerablemente mermadas: son los llamados *especiales*, personas que padecen algún tipo de retraso mental por la exposición a la radiación.

Si nos instalamos en este escenario, podemos decir que Anders no habría estado, pues, en lo cierto en cuanto a la total aniquilación de la humanidad y la vida en nuestro planeta, pero la situación es ahora lo suficientemente horrorosa como para que el ser humano haya perdido su ceguera moral: nos encontramos en un mundo que casi ha sido destruido, donde la vida es muy difícil y las consecuencias de una producción

nuclear desbocada son patentes. Esto es lo que ha hecho que los seres humanos hayan cambiado su visión sobre cuál es su lugar en el mundo respecto de los otros seres y respecto de las máquinas.

2. EL LUGAR DEL HOMBRE EN EL MUNDO. Toda comunidad humana posee una imagen de sí misma y una noción de cuál es su lugar en el mundo. Podemos establecer dos categorías bajo las que se englobarían visiones distintas del hombre: las antropologías teológicas y las antropologías filosóficas. En las primeras, la concepción del hombre se establece con respecto a la divinidad: nos movemos siempre en el juego de que, si bien hay una distancia ontológica insalvable entre lo divino y lo humano, lo divino siempre está actuando como horizonte de moralidad. El hombre siempre será inferior al dios, de modo que éste actúa como ideal que jamás llegará a realizarse pero hacia el cual hay que dirigirse. Por otro lado, las antropologías filosóficas sitúan al hombre entre los animales, siendo siempre superior a ellos. En las antropologías filosóficas se da una tensión que se resuelve mediante la idea de autocreación: en comparación con el resto de animales, el ser humano está inicialmente mal dotado de elementos corporales que le permitan sobrevivir en el medio natural: carece de pelaje, de garras, su llegada a la edad adulta es muy tardía... No obstante, en lugar de que esto sea visto como algo que nos sitúa en un plano inferior respecto a otros animales mejor dotados, se hace virtud del defecto: el hombre está obligado a crearse su propio mundo para poder sobrevivir, a hacerse a sí mismo. De este modo, aparece una visión existencialista del hombre como ser racional, hecho a sí mismo, radicalmente libre y no determinado como el resto de animales.

Así pues, hemos pasado de ser *criaturas* a ser seres autoproducidos. La idea de ser nacido no aparece en primer plano en ninguna de las dos visiones del hombre. Ser nacido denota fragilidad y dependencia; pero no dependencia del *más allá*, sino de otros seres igualmente frágiles y dependientes en tanto que nacidos también. Por otra parte y del mismo modo, la noción de cuerpo tampoco es relevante en ninguna de las dos antropologías: en la visión teológica, el cuerpo es aquello que nos impide reunirnos con Dios; en la visión filosófica, el cuerpo es despreciado desde el primer momento en favor del intelecto.

Ahora bien, considerando que el hombre cada vez está menos en contacto con el resto de animales y cada vez más con el mundo de las máquinas: ¿qué tipo de antropología se construye desde este nuevo punto de partida? Para Anders, precisamente esos elementos que no han sido fundamentales en las antropologías anteriores lo serán ahora: el ser nacidos y el tener el cuerpo que tenemos es lo que va a marcar nuestra relación con las máquinas y nuestra visión de nosotros mismos. El énfasis ya no se pondrá en la capacidad de autoproducción, sino que se destacará el hecho de ser *productos* de la evolución, un proceso ciego, no guiado y azaroso, cuyo resultado es el de un cuerpo *defectuoso*. Por el contrario, el surgimiento de la máquina se debe a un proceso cuidadosamente diseñado y dirigido, y su funcionamiento es infinitamente más preciso y

potente que el humano. En este contexto es donde surge la vergüenza prometeica: sentir vergüenza por *haber llegado a ser* en lugar de haber sido producido.

Pero la vergüenza prometeica no es solamente aquella que se siente cuando se descubre que la máquina es más capaz que el ser humano, sino que este es un fenómeno que afecta directamente a la identidad individual: aquel trabajador que siente vergüenza cuando está trabajando en una cinta, siente vergüenza por no poder llegar a ser un autómatas completamente. Se avergüenza, digamos, del resto de conciencia que posee. Estamos ante una paradoja: para que el trabajador pueda seguir el ritmo a la máquina ha de mantenerse enormemente concentrado; pero seguirle el ritmo es precisamente ser in-corporado a la máquina. Es el trabajador el que funciona como un órgano más de la máquina y para poder hacerlo ha de mantener un *yo* que controle el proceso. Aquí aparece la vergüenza como una imposibilidad de identificarse totalmente con la máquina debido a esta paradoja.

El hombre, cuyo cuerpo ha sido fruto de ese proceso azaroso evolutivo es visto ahora como una *faulty construction*. El hombre no se ajusta bien a la máquina, ésta le supera en prácticamente todos sus límites. Además, el mundo de los artefactos es indefinido en tanto que cada día aparecen objetos nuevos y piezas de recambio nuevas para los anteriores. El cuerpo del hombre, en cambio, es siempre el mismo, sin posibilidad de innovación. Anders llega a poner esta imposibilidad física humana en términos morales y afirmar que esta ausencia de innovación implica falta de libertad: las máquinas son las no-limitadas, mientras que el hombre vive atrapado en su rígido cuerpo, en esa suerte de *faulty construction*. Es el cuerpo aquello que va a llegar a sabotear nuestros propios logros, impidiéndonos asimilarnos a la máquina. Así pues, nos encontramos con que, del mismo modo que nosotros veíamos a los animales carentes de libertad en tanto que determinados biológicamente, ahora también nos vemos a nosotros mismos carentes de libertad por no ser maleables biológicamente, por tener un cuerpo en muy buena medida determinado.

En conclusión: antes podíamos mantener la diferenciación que teníamos con respecto a los animales precisamente porque nos centrábamos en considerarlos a ellos inferiores en tanto que determinados. Ahora que también nos consideramos a nosotros mismos determinados al compararnos con las máquinas, reevaluamos nuestra posición en el reino animal y observamos que hemos perdido nuestra superioridad y dominio. Pero la obra de Anders no explora más la relación entre los animales y el hombre precisamente porque el mundo en que nos encontramos es un mundo de aparatos y no un mundo animal. El pensamiento de este autor se dirige estrictamente hacia la relación del hombre y la máquina, poniendo el énfasis no en esa igualdad con el animal, sino en la diferenciación —en la inferioridad— del hombre respecto del artefacto.

Y hasta aquí el mundo andersiano. Adentrémonos ahora en la distopía de Philip K. Dick.

3. LA VERGÜENZA DE TENER UNA OVEJA ELÉCTRICA. La Tierra, tras la *Gran Guerra Mundial Terminus*, es un lugar donde la vida escasea: barrios enteros han quedado totalmente desiertos; numerosas especies animales han desaparecido. El gobierno lanza incesantemente anuncios a la población para que abandonen definitivamente el planeta y se instalen en una colonia extraterrestre, a fin de llevar una vida más sencilla y menos expuesta a la omnipresente radiación. Los androides son su reclamo: a todo aquel que decida abandonar la Tierra se le proporcionará uno para su uso personal.

Dos son las cosas que más nos llaman la atención: la primera, como ya decíamos, el hecho de que la aniquilación total ha estado muy cerca. La segunda, que el gobierno entregue androides —máquinas— a los colonos para que les ayuden en sus quehaceres. A la luz de estos dos hechos ya podemos intuir que la visión que el hombre tiene de sí mismo es diferente respecto de la planteada por Anders. Pero hay un tercer elemento clave que ya habíamos adelantado: el mercerismo.

La religión en esta obra de Dick integra a los animales como parte elemental: para llegar a fusionarse con Mercer es necesario amar a los animales. Pensemos en las antropologías teológicas: en ellas, tanto los animales como el hombre son creaciones, pero el mecanismo para llegar a Dios es el de amar al prójimo, humano. De hecho, el resto de animales son aún inferiores al hombre, puestos sobre la Tierra por Dios para su servicio. Aquí, en cambio, la antropología descrita por Dick parece haberse hecho cargo de la historia de la humanidad, de la historia de su autocomprensión, para plantear una relación con los animales que no podría haberse dado en ninguna otra época. No es posible llegar a Mercer si no es a través del amor hacia los animales; y no precisamente en tanto que criaturas, sino en tanto que seres nacidos.

“Primero, el hombre sintió vergüenza de su condición natural y dejó a la Técnica tomar el control, convertirse en sujeto de la Historia. Después vino la Gran Guerra, donde la humanidad contuvo el aliento ante la catástrofe nuclear. Entonces despertó de su ceguera moral: sacudida ante la amenaza materializada del nihilismo, comprendió que lo vivo no era vergonzoso. Repensó su lugar en el mundo y supo que no quería medirse con la máquina, sino por el amor que profesaba hacia la vida; e hizo de ello algo sagrado: el camino hacia la divinidad pasa por el amor a todos los seres nacidos. Tomó de nuevo las riendas de la Historia, ajustó cuentas con la máquina y puso al androide a su servicio...” Unas líneas como estas podrían figurar en un prólogo que enlazara la historia *real* de la que se encarga Anders con la ficción en la que nos sumerge Dick. Llegados a este punto, la vergüenza que siente el hombre no es por no poder asimilarse a la máquina, sino por no poder tener un animal de verdad, un ser nacido, y tener que conformarse con ser dueño únicamente de una réplica *eléctrica*. Lo importante no es *tener* un animal, sino cuidar de él. La relación

hombre-artefacto no puede ser más diferente de la relación hombre-animal: mientras que los artefactos se instalan en el paradigma de la pertenencia —bien sea porque una máquina nos pertenece o porque su operador *pertenece* a ella en tanto que se halla incorporado—, las relaciones con los animales son de cuidado y no de mera pertenencia: es por ello que los animales domésticos tienen, de cierto modo, un estatus *inferior* al de los más salvajes.

No es para nada trivial, pues, que la historia que narra Dick comience con el imperioso deseo de su protagonista de tener un animal vivo y no uno eléctrico. Rick Deckard tenía una oveja, una real, que murió de tétanos al pincharse con un alambre mientras comía. Dado que su situación económica no le permitía comprar otro animal —los precios estaban disparados dada la escasez— tuvo que comprar rápidamente una oveja eléctrica —mucho más barata—, idéntica a la anterior, para que sus vecinos no se dieran cuenta de que ya no poseía animal alguno y no perdiera así estatus social. Este animal eléctrico le permitía mantener las apariencias, pero por idéntico que fuera al original, no podía profesarle el mismo amor, pues sabía que esencialmente se trataba de una cosa, algo muy distinto a él. Recordemos que la vergüenza prometeica aparece cuando no somos capaces de identificarnos completamente con una máquina; la vergüenza en este universo de Dick aparece cuando no podemos identificarnos completamente con *lo humano* porque no podemos demostrar nuestro amor a los animales. En Anders veíamos que la vergüenza siempre tiene tres polos: aquel que se avergüenza, aquello de lo que se avergüenza y la instancia externa que hace de tribunal, sea real o imaginario. Aplicando ese esquema en esta obra, podemos decir que aquello de lo que se avergüenza el protagonista es de una carencia —no ser dueño de un animal a quien cuidar— que le impide identificarse plenamente con lo humano, siendo juzgado por el tribunal social.

Es muy importante un dato que se señala en una conversación entre Deckard y un vecino suyo: no cuidar de los animales es visto como algo inmoral, como una muestra de una falta total de empatía; pero esto incluso llegó a ser un delito tras acabar la Gran Guerra Mundial Terminus. Esa reacción desmesurada de incluir como delito el hecho de no amar a los animales podría entenderse como una consecuencia desproporcionada de la nueva imagen que el hombre se forja. Un cambio en la visión que el hombre tiene de sí mismo lleva aparejado un cambio en lo que se considera valioso, en la moralidad, cosa que incluso puede quedar recogida en las leyes. En el momento en que se narra la historia, si bien esto ha dejado de ser delito, el poso moral continúa vigente y la empatía es, de hecho, un rasgo esencial para distinguir a un ser humano de un androide. La distinción, pues, de lo que sería un *nosotros* y un *ellos* —o *ello*— se hace patente en el hecho de que los androides no pueden sentir amor por los animales, precisamente por su condición de no-nacidos. El test Voigt-Kampff, que Deckard les realiza para medir su respuesta emocional, incluye numerosas cuestiones relacionadas con los

animales, como por ejemplo cuál es el comportamiento correcto si a uno le regalan una cartera de piel.

Hay suficientes elementos, pues, para sostener que en la base de todo el planteamiento antropológico de la novela se halla la distinción entre ser nacido y ser producido, juzgándose positivamente la primera categoría por encima de la segunda. El papel que juega la empatía es también muy importante: si bien socialmente la empatía hacia los animales es algo de primera importancia, la empatía hacia los androides es algo que se plantea como un problema moral a resolver. Recordemos que el trabajo del protagonista consiste en *retirar* —eliminar— a los androides que han huido de las colonias de Marte para venir a la Tierra en busca de una vida en la que no sean meros esclavos. Socialmente se entiende que ésta es una labor necesaria, en tanto que podrían suponer una amenaza para la humanidad, aunque a lo largo de la novela surge el dilema moral de si el hecho de que —al menos aparentemente— también tengan sentimientos y sean capaces de sufrir e incluso de querer para sí mismos una vida mejor, no debiera hacernos reconsiderar nuestra posición con respecto a ellos. No obstante, esta cuestión se plantea como un dilema, mientras que la empatía hacia los que son como nosotros, los animales, es algo totalmente establecido.

La dificultad para reconocer a los androides como semejantes a nosotros estriba en el hecho de que no tenemos el mismo origen; el nuestro es natural y el suyo artificial. El hecho de que la humanidad haya puesto el énfasis en este aspecto se explica casi como un mecanismo de supervivencia: ante la perspectiva de la aniquilación por la técnica, el hombre decide desplazar todo el valor hacia lo viviente, lo natural.² La tensión surge, precisamente, cuando la máquina muestra algo tan característicamente humano como son los sentimientos, cosa que incluso es más fácil de ver en algunos androides que en ciertos animales o en ciertas personas. Por lo tanto, el problema que recorre la obra pasa por volver a replantear el lugar que el hombre tiene en el mundo y las implicaciones que ello conlleva para el resto de seres, sean nacidos o producidos, pues en el momento en que nos preguntamos por la respuesta moral que debemos tener ante los androides, estamos reconsiderando también nuestra propia imagen.

² Aún así, sí que es preciso señalar que la producción técnica compleja no se abandona, pues se siguen fabricando androides además de otros tantos artefactos. En la novela se atisba la problemática a la que se enfrentaría la humanidad si continúa haciendo androides cada vez más inteligentes, pudiendo llegar a suponer esto un problema para la supervivencia humana. Esta temática es capital en la obra de Anders y podría entenderse como otro tipo de ceguera moral, si bien hay diferencias importantes entre la ceguera ante la bomba que señala Anders y la ceguera ante el androide que presenta Dick: en el universo de ficción sí que hay mecanismos de control de los androides para que no supongan una amenaza, hay una lucha con ellos para mantenerlos en posiciones controladas, como así demuestra precisamente la labor de Deckard dándoles caza.